

SILVIO ZAVALA Y EL QUEHACER HISTÓRICO EN MÉXICO

Luis GONZÁLEZ
El Colegio de Michoacán

DON JOSÉ FUENTES MARES, EL historiador más al tanto y más leído del México reciente, muerto en 1986, solía decir: de las naciones del mundo ninguna supera a la mexicana en el amor a la historia. En el siglo XVI, la historiografía sobresalió entre las diversas tareas intelectuales de la recién construida Nueva España. Como es bien sabido, en aquella centuria, los constructores del nuevo país (soldados, misioneros, agentes del rey, criollos e indios nobles) escriben abundantes relatos de cariz histórico. Mientras unos narran las proezas de las huestes de Cortés, Guzmán y los Montejo, otros abultan el milagro de la cristianización de los aborígenes y otros más descubren globalmente, como los etnohistoriadores de nuestra época, pero con cuatro siglos de antelación, la vida prehispánica de los pueblos de Mesoamérica. Durante la siesta del orbe colonial, a lo largo de siglo y medio, la escritura histórica, salida de la placidez de los conventos, pasa a la segunda fuerza del mundillo intelectual del país. En el siglo de las luces, los historiadores nacionalistas vuelven a ocupar el presidium de la cultura, junto a teólogos, filósofos y hombres de ciencia. Otra vez es muy variado el repertorio de temas; se enriquecen los métodos de investigación y se diversifican los móviles y motivos para escribir historia. Como en los países europeos, en la república mexicana, independiente y rebautizada en 1821, el XIX fue la centuria de la historiografía. Los historiadores alcanzan po-

der, prestigio y bienestar y le atribuyen milagros a las obras de sabor histórico, dedicados, en su mayoría, a ensalzar héroes y referir mudanzas políticas y prodigios militares, salvo pocas, que no sobresalientes, excepciones.

En el primer tercio del siglo XX se exacerba el carácter político y belicoso de la historiografía nacional para ponerse al nivel de la revolución mexicana. En el segundo tercio, las prédicas y las prácticas de los historiadores españoles trans-terrados a México, la vuelta a su país del treintañero Silvio Zavala y la traducción y la lectura de los modernos teorizadores de la historia (Aron, Collingwood, Croce, Dilthey, Huizinga, Lacombe, Marx, Meyer, Mises, Rickert, Simmel y otros), producen algunas docenas de historiadores profesionales y especialistas que parcialmente desplazan a los improvisados y amantes de la historia político-militar que combatían entre sí bajo las opuestas banderas de conservadores y liberales.

En el último tercio de la presente centuria, medio millar de mexicanos, en sus tres cuartas partes provistos de una patente universitaria de historia, en su gran mayoría criaturas de Gaos, O'Gorman, Roces y Zavala, enterados de las doctrinas de los teorizadores ya dichos y de Balibar, Certeau, Carr, Braudel, Kula, Le Goff, Marrou y Schaff, escriben libros de historia muy profesionales, y en su mayoría, monográficos. Ochenta de cada cien historiadores viven en la capital de la República, dieciocho en doce o quince ciudades de provincia, y dos fuera de México. La mayoría de los apilados en la metrópoli actualmente son investigadores de tiempo completo en tres universidades (Nacional, Metropolitana e Ibero), en el Instituto Nacional de Antropología o en El Colegio de México, y particularmente en su Centro de Estudios Históricos cuyo fundador y ángel guardián durante cuarenta años ha sido el maestro Zavala. Él está también en el origen de los colegios de Michoacán, Jalisco, Sonora, la Frontera Norte y Mexiquense. De los cuatrocientos historiadores mexicanos vivos, y no ágrafos, cerca de cuarenta tienen más de 70 años de edad y pertenecen a la llamada generación neocientífica; sesenta y cinco son cincuentones y sesentones de la cohorte del medio siglo; quizá llegan al cien-

to los que se autonombran generación del 68, y a una cifra semejante los jóvenes entre los 24 y los 39 años de edad que ya han escrito novelas verídicas, además de su tesis de licenciatura. Muy pocos viven fuera del presupuesto público. La mayoría son profesores de tiempo completo de universidades e instituciones de alta cultura sostenidas por el Estado. Un buen número recibe becas complementarias del Sistema Nacional de Investigadores. Quizá ninguno pueda sostener su casa únicamente con la venta de sus libros.

En lo tocante a tramas o temas, el quehacer histórico en México sigue sin salir de las fronteras nacionales, pese a que sus más esclarecidos maestros (O'Gorman y Zavala) transitan en el espacio de Hispanoamérica. Fuera de ellos muy pocos (Carlos Bosch, Clara Lida, Olga Quiroz, Josefina Vázquez y Luis Weckmann) se han salido del huacal patrio para ocuparse del antepasado España o del vecino, los poderosos Estados Unidos, o para inquirir sobre el lejano Oriente (Teresa Rohde y Jorge Silva). El mecenas oficial rehúye generalmente el patrocinio de investigaciones históricas ajenas a México o que sólo cubran partes disímboles de él. Nuestro mecenazgo apenas cede fondos para la hechura de historias de una región o una ciudad o un pueblo de la pluralísima nación que con justicia lleva el nombre de Estados Unidos Mexicanos. Quienes procuran extraer sus argumentos de la época prehispánica (L. Aveleyra, J. Broda, M. Castillo Farreras, S. Lombardo, J. L. Lorenzo, A. López Austin, J. Lameiras y otros) reciben socorro con mayor facilidad que los colonialistas, pese a que Zavala, el historiador estrella, es fundamentalmente estudioso del mundo americano en la época colonial. Tampoco él se ha escapado de la obligación de escribir acerca de las tres sangrientas revoluciones del México sesquicentenario de las luchas denominadas de independencia, estudiada por Tarsicio García, Alfonso García Ruiz, Carlos Herrejón, Ernesto Lemoine, Ernesto de la Torre y Luis Villoro; la Reforma, dominio de pocos, y la Revolución, sobre la que escriben, entre otros muchos, Héctor Aguilar Camín, Arnaldo Córdova, Adolfo Gilly, Carlos Martínez Assad, Álvaro Matute, Lorenzo Meyer, Berta Ulloa y Gloria Villegas. Ninguno de los historiadores mexi-

canos podemos escapar a la obligación de impartir cursos, conferencias y elogios sobre épocas, próceres y hazañas patrióticas. Nuestra historiografía tiene un aspecto litúrgico muy frondoso, altisonante y colorido. Por lo demás, los historiadores domésticos aceptamos con resignación esa liturgia. Casi todos contribuimos de buena gana a la historia de bronce.

A la hora de escoger temas, algunos compañeros aceptan el suave empuje oficial en favor de los asuntos patrióticos; es decir, vidas de héroes, acciones y políticas y batallas sangrientas. Sobre todo, el Padre de la Patria, el Siervo de la Nación, el ideólogo de la Reforma, el Benemérito de las Américas y el Apóstol de la Democracia siguen inspirando biografías de Raúl Arreola, Enrique Krauze, Ernesto Lemoine . . . Tampoco los momentos estelares de la política y la guerra han sido olvidados ni por politólogos como Juan Felipe Leal, Luis Medina, ni por militares como Luis Garfías ni menos por las adelitas de la historiografía mexicana que siguen fielmente la trayectoria de algunos mlites y poderosos. Así Romana Falcón, Teresa Franco, Alicia Hernández, Alejandra Lajous, Victoria Lerner, Martaelena Negrete, Beatriz Rojas y María del Carmen Velázquez. Como quiera, la selección de asuntos en la hora actual se deja conducir, además de por las presiones oficiales, por las prácticas en uso en los países de Europa. Por ejemplo, Hobsbawn ha desatado estudios sobre bandidos, obra de Xavier Garciadiego, Nicole Girón, Jaime Olveda, Ramón Rubín y otros. Los franceses de hoy son los más influyentes en la temática de la historiografía mexicana actual. Algunas veces los nuestros escogen asuntos similares a los que han hecho famosos a Philippe Aries, Ferdinand Braudel, Pierre Chaunu, François Chevalier, Georges Duby, François Furet, Michel Foucault, Jacques Le Goff, Emmanuel Le Roy Ladurie, Pierre Vilar y Michel Vovelle. Don Silvio, embajador en Francia ante la UNESCO, simpatizador de la órbita francesa, ha estimulado a sus alumnos a seguir estudios de historia en aquel país.

Con todo, los asuntos de la historiografía mexicana viva se escogen, además de por seguir los pasos de los países del

Primer Mundo, por el deseo de hacer ciencia, de producir conocimientos acumulativos, no heterogéneos como los de la historiografía tradicional y particularizante. Son cada vez más los temas extraídos del conjunto o masa humilde, que no de la vida de encopetados y gobernantes. La historia de la población, los temas que tienen que ver con nacimientos, defunciones, cataclismos y transtierros de muchedumbres da lugar a una historia cuantitativa que cultivan con gusto Elsa Malvido, Gerald McGowen, Alejandra Moreno Toscano, Lilia Oliver, Cecilia Rabell y otros. Se indaga cada vez más acerca de los campesinos, los indígenas, los obreros y otros desarraigados, según lo demuestran Gonzalo Aguirre Beltrán, Lourdes Arizpe, Fernando Benítez, Bernardo García Díaz, Isabel González Sánchez, Moisés González Navarro, Ricardo Pozas, Jan de Vos, Arturo Warman y otros muchos. También crece el número de los entusiastas de temas histórico-económicos. Zavala y la influencia del marxismo se han hecho notar en la tendencia al estudio de configuraciones socioeconómicas de parte de Mario Aldana, Roger Bartra, Mario Ceruti, Enrique Florescano, Francisco López Cámara, Lorenzo Meyer, Sergio de la Peña, Fernando Rosenzweig, Enrique Semo, Leopoldo Solís, Masae Sugawara y muchos más.

Comoquiera, la historia de los aspectos materiales de la vida mexicana aún no iguala en número y quizá tampoco en calidad a los de historia de las ideas, las creencias, el derecho, la literatura, las artes plásticas y el cine que preside el triunvirato constituido por O'Gorman, Zavala y Zea. En lo que mira a la historia de las ideas, ésta la ejercen, además de los triunviros, Raúl Cardiel, Elsa Frost, Margarita Carbó, Gastón García Cantú, Antonio Gómez Robledo, Pablo González Casanova, Hira de Gortari, Carlos Herrejón, Juan Hernández Luna, Miguel León Portilla, Eugenia Meyer, José María Muriá, Juan Ortega y Medina, Octavio Paz, Rafael Segovia, Fernando Salmerón, Laurette Sejournée, Abelardo Villegas, Luis Villoro, Luis Weckman y Ramón Xirau. En los últimos años han hecho crecer la historia de las mentalidades Solange Alberro, Enrique Florescano, Sergio Ortega y la gente joven. Cubren el campo de la histo-

ria de las ciencias Enrique Beltrán, Roberto Moreno y Elías Trabulse; de la educación, Carmen Castañeda, Pilar González, Anne Staples, Dorothy Tanck, Josefina Vázquez . . . y de la literatura, entre otros muchos, Antonio Alatorre, José Luis Martínez, Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco y Gabriel Zaid.

Con *Las instituciones jurídicas en la conquista de América* y la *Encomienda indiana*, don Silvio Zavala desencadenó el cultivo de la historia del derecho, trabajada ahora por Jorge Adame, Jorge Barrera, Manuel Calvillo, Jorge Carpizo, Rafael Diego Fernández, Héctor Fix Zamudio, Miguel González Avelar, Andrés Lira, Felipe Remolina, Guadalupe Rivera y varios más. También él, con sus trabajos sobre el obispo Quiroga, sentó las bases de la nueva historiografía de asunto eclesiástico en la que hoy trabajan Jesús Gómez Fregoso, Xavier Gómez Robledo, Delfina López, Óscar Mazin, Jean Meyer, Francisco Miranda, Luis Medina Ascencio, Josefina Muriel, Antonio Rius Facius, Antonio Rubial, Daniel Ulloa y José Zavala Paz. Junto con Ramón Iglesia, el polihistoriador Silvio Zavala ha hecho historia de la historia y nos ha empujado a muchos por ese camino en el que destacan Xavier Cacho, Rosa Camelo, Edith Jiménez, Eugenia Meyer, Josefina Vázquez y el célebre seminario que preside el doctor O'Gorman.

En el único campo en el que el doctor Zavala va a la cola y no al frente de una especie del género histórico es en la historia del arte, en el que se acaba de estrenar con un estudio de Colón en las artes plásticas, donde se ha encontrado con la numerosa familia de don Manuel Toussaint: Teresa del Conde, Clementina Díaz, Beatriz de la Fuente, Elisa García Barragán, Manuel González Galván, Israel Katzman, Jorge Alberto Manrique, Esperanza Ramírez, Ida Rodríguez, Guillermo Tovar, Raquel Tibol, Elisa Vargas Lugo. El maestro Zavala sólo se ha abstenido de hacer historia del cine, territorio de Jorge Ayala, Emilio García Riera y Aurelio de los Reyes.

El gremio nos cataloga bajo el rubro de microhistoriadores, de gente interesada en la trayectoria de regiones, ciudades y pueblos, a un centenar de solitarios dispersos en la vasta

superficie de la República, entre ellos, Gabriel Agraz, Alfonso de Alba, Enrique Cárdenas, Israel Cavazos, Agustín Churruca, Cuauhtémoc Esparza, Bernardo García Martínez, Jesús Gómez Serrano, Ignacio González Polo, Margarita Loera, Francisco Miranda, Rafael Montejano, Heriberto Moreno, Daniel Moreno, Álvaro Ochoa, Cayetano Reyes, Ignacio del Río, Gerardo Sánchez, Xavier Tavera, Isidro Vizcaya, etc. Completan la lista anterior los estudiosos del latifundio: Marie-José Amerlinck, Jan Bazant, Alicia Hernández, Susana Glantz, Margarita Menegus, Heriberto Moreno, José Ignacio Urquiola y Gisela von Wobeser.

Los colegas de las generaciones neocientífica y del medio siglo gustan de la lectura de fuentes manuscritas y de la publicación de documentos únicos al modo como lo ha hecho en cantidades industriales el doctor Silvio Zavala que veía, como sus alumnos, que la inmensa mayoría de los repositorios de papeles viejos eran coto exclusivo de archiveros egoístas, anticuarios seniles, ladrones de documentos, fabricantes de cartón, ratas, comejenes y polilla. Hasta hace poco eran poquísimos los archivos utilizables por los historiadores obsesionados con las fuentes primarias. Por obra de algunos discípulos de Zavala (Israel Cavazos, Alejandra Moreno, Estela González Cicero) son muchos y cada vez más accesibles los archivos y las bibliotecas que apoyan la investigación histórica. Nuestra archivística y nuestra biblioteconomía están en pleno arranque. También es notoria la mejoría de museos y sitios arqueológicos, así como la hechura de archivos de la palabra, fototecas, fonotecas y cinematecas. Es clara la preferencia de las últimas generaciones por las fuentes estadísticas y seriadas. Se atiende menos a discursos gubernamentales calzados con firmas prestigiosas y más a censos y archivos parroquiales que registran natalicios, bodas y defunciones; actas de los notarios que dan cuenta de contratos mercantiles, mudanzas de la propiedad de los inmuebles, testamentos y cosas por el estilo; papeles de hospitales, reclusorios, claustros y familias; mamotretos de contabilidad de almacenes y fábricas y libretas, no entregados al fuego o a la barbarie de la hacienda o de la gran propiedad satanizada. El Sistema Nacional de Archivos, el de bibliotecas, el de

sitios arqueológicos y museos y otras instancias oficiales han sustraído a muchos, que figuran y cobran como historiadores, el pretexto para no investigar y escribir, y les han dado a los que verdaderamente gustan de la indagación histórica una vastedad de fuentes que sigue ampliándose.

Algunos de los historiadores neocientíficos o viejos procuran fundar sus obras en un gran número de fichas, en rebotantes tarjeteros, y someter las fuentes a exámenes críticos. A los historiadores de las siguientes generaciones no parece quitarles el sueño la integridad de los testimonios, ni su procedencia ni hasta dónde son fidedignos. La tendencia a explotar masivamente los documentos hace imposible la crítica de cada uno por separado. De los historiadores de la hornada neocientífica cabe decir que pecan de incredulidad y de los de la generación del 68 que tienden a ser demasiado crédulos. A los nuevos amantes de Clío les disgusta perder el tiempo en erudiciones. Han hecho de la heurística y de la crítica tareas de las ciencias auxiliares de la historia, que no de la ciencia histórica misma. También descargan en la computadora la tarea de descubrir errores.

Si no me equivoco, la mayoría de los colegas de la generación mexicana del medio siglo y las dos que le siguen y combaten rehúyen la tarea de juntar en orden temático y cronológico hechos bien comprobados. Van siendo minoría los practicantes de la historia narrativa, los interesados en los hechos y las ideas, que no únicamente en sus conexiones causales. La mayoría de los clionautas con título desdeña el qué de los acaeceres históricos y el cómo se pasó de aquello a esto; aspira a saber por qué sucedieron los fenómenos de una determinada manera. Otros trabajan, a la manera de los científicos sociales, en el descubrimiento de estructuras, son amantes de la cuantificación y se autodefinen como historiadores nomotéticos en contraposición a los ideográficos.

Los rótulos más usuales no son, sin embargo, éstos. Se acostumbra repartir a los estudiosos del pasado en cuatro capillas, según el modo de exponer la materia histórica. En una de las capillas, donde quizá milite el 20% de los historiadores, entran aquellos chapados a la antigua, los anticuarios de siempre y los pragmatistas que sólo juntan hazañas

dignas de celebración, orgullo patrio y ejemplo para la juventud. Con el rubro de neopositivistas y bajo la bandera del doctor Silvio Zavala se suelen enlistar los que buscan la exhumación de hechos económicos y sociales y creen que a fuerza de sumar sucesos memorables y bien comprobados se llegará a reconstruir la historia total de México. Nuestros positivistas se consideran parientes y aliados de la escuela de *Les Annales*. Sus enemigos acérrimos, hasta hace poco muy combativos, se autonombran historicistas y tienden a la baja en número, que no en calidad. Parten de las teorías de Dilthey, Ortega, Croce, Collingwood y Heidegger y gustan escandalizar con el aforismo de que toda historia es historia de las ideas. Sin embargo, hay muchas diferencias entre sus miembros. Gloria Villegas escribe: “Su enfoque, de raíz individualista, desautoriza la proposición de procesos y metas predeterminadas. Abandera el perspectivismo. . . y define la selección de los hechos históricos en función de su intencionalidad”. José Gaos, el gran propulsor del culto historicista, no aceptaba que se considerase a éste como una de las sectas de la iglesia de Clío, pero sus opositores, y en especial los del grupo marxista, los llaman ideólogos y sectarios.

El materialismo histórico de casa, en el que militan muchos de la generación del 68, se siente más afín al neopositivismo que a las escuelas historicistas. Uno y otras buscan el acercamiento a las ciencias sistemáticas del hombre. Ambos hacen referencia constante al enfoque interdisciplinario. Las dos corrientes prescriben el trabajo en equipo. Según Andrea Sánchez Quintanar, “el acercamiento a la historia de México desde una perspectiva marxista lo han realizado en mayor medida científicos sociales. . . El materialismo histórico constituye un cuerpo teórico fundamental. . . que de ninguna manera puede, por sí mismo, sustituir el trabajo concreto que implica el quehacer histórico: revisión de fuentes, crítica. . . contrastación de hipótesis. . . vinculación del trabajo interdisciplinario y sobre todo, contrastación con la realidad”. Cuando el marxismo doméstico hace investigaciones históricas basadas en fuentes, da frutos bastante parecidos a los de las otras escuelas.

De los historiadores que aquí y ahora investigan nuestro

pasado nacional salen abundantes monografías. Ningún historiador ha superado en número de obras publicadas al que ahora cumple sus ochenta años en plena actividad productiva. Al través de medio siglo el doctor Zavala ha publicado 50 obras de magnitud libresca y 250 artículos de fondo. A su ejemplo han acudido algunos (Carlos Bosch, Enrique Florescano, Moisés González Navarro, Juan Ortega y Medina). Se vence la costumbre de acumular más conocimientos que publicaciones, de tener pozos de ciencia inéditos y muchas veces ágrafos, y no por falta de editores.

Editoriales privadas y de tipo oficial y universitario imprimen y divulgan los libros de nuestros historiadores. Se distinguen entre las comerciales el Fondo de Cultura Económica, Porrúa, Siglo Veintiuno, Océano, Era, Grijalbo, Mortiz y Cal y Arena. Son editores entusiastas las secretarías de Educación Pública, Gobernación y Relaciones Exteriores. Están en pie las editoriales anexas a los institutos de alta cultura: Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad Autónoma de Sinaloa, Universidad Veracruzana, El Colegio de México, El Colegio de Michoacán, etc. Los tirajes de los libros de historia suelen ser cortos, pero no mucho más cortos que los de las novelas. Por otro lado, la mayoría de las “contribuciones” breves de carácter histórico aparecen en revistas especializadas: *Foro Internacional*, *Historias*, *Siglo XIX*, *Relaciones*, *Historia Mexicana*, *Encuentro* y algunas más con tiraje inferior a los 3 000 ejemplares. Sin embargo, un buen número de artículos serios de contenido histórico se difunden al través de *Nexos*, dirigida por el historiador Héctor Aguilar Camín, *Vuelta*, subdirigida por su colega Enrique Krauze, y otras revistas de alta divulgación. A veces publican en los diarios, pero no se puede afirmar que los historiadores de ahora lleguen a todo el público lector. También comienzan a ponerse en uso los canales de la televisión para difundir telenovelas verdícas o telehistorias.

En 1982 dije algo que todavía tiene validez: “Los historiadores que ahora escriben, con mayor seriedad, acerca del pasado de México se intercambian sus saberes a través de impresos y sobre todo en reuniones académicas, pero se mantienen por regla general ignorados e ignorantes del público

mayoritario. Los historiadores hechos en grandes y sutiles planteles de altísima cultura le han levantado la canasta a muchos lectores de pocas letras, sedientos de historia. Quizá alguien cree que la historia es únicamente bocado de delfines. No falta quien diga que desde su elevación a ciencia, ya no es apta para las mayorías, del mismo modo que son minoritarias las ciencias físico-matemáticas y biomédicas. Con todo, muchos compatriotas creen aún que “el saber histórico interesa a cualquier persona” y debe ser difundido con la misma intensidad con que se difunden la ficción y el ensayo. La mayoría de los historiadores con ínfulas rara vez usa lenguajes de uso común; rara vez escribe como habla la tribu y más rara vez aún se arriesga a la oportunidad de comunicación masiva que ofrecen la radio, las salas de cine y los televisores. El miedo al tono vulgar aplaza la conquista de la calle, deja a la gente sin un saber histórico liberador, y en el peor de los casos, sabroso. ¿Volverá la élite culta de México a escribir para un público amplio? ¿Volverá a ser la historia la rama más popular de la literatura?

En términos generales, el afán manifiesto de la historiografía mexicana de corte universitario es el de ser ciencia en toda la extensión de la palabra a través de productos somníferos, la hechura de numerosas monografías muy profesionales, el trabajo en grupo, la construcción y el equipamiento de archivos y bibliotecas, la junta de datos seriados, la actitud ancilar frente a las ciencias sistemáticas del hombre, el marco teórico, el manejo masivo de los testimonios sobrevivientes, la comprensión a las volandas de textos y de ideas, el establecimiento de leyes causales, el lenguaje inequívoco y árido del hombre de ciencia, y de poco acá, el uso de la computadora. Sin embargo, la historia culta, pese al deseo de ser como la física y la biología, se ve obligada a convivir con el *amateur* culto; permite aún la tarea individual, la búsqueda de hechos particulares, la actitud emotiva, el nacionalismo, el deseo de meter con calzador una moral patriótica, la vestidura de héroes, el gusto por el buen decir y la voluntad de no confundirse con los científicos sociales. La reiteración de las prácticas tradicionales es todavía frecuente, quizá imposible de abolir, porque después de todo es de-

seable y deseada la historiografía pecaminosa, la Clío polifacética. Todavía más, se vislumbran síntomas de pecado. La historia narrativa comienza a dar señales de recobrar el terreno, de volver por sus fueros e ir a las multitudes. Héctor Aguilar Camín y Enrique Krauze saben contar y vender sin dejar la pose científica. Quizá lo más saludable sea la aceptación de que hay y debe haber de todo en la viña de Clío, tan fervorosamente cultivada por los mexicanos, en su propia parcela nacional, desde el siglo XVI.

A manera de conclusión cabe proponer los quince puntos siguientes:

1) En el México que le ha tocado vivir al maestro Silvio Zavala, al historiador de casa más reconocido por la crítica internacional, se consumen, en forma de supervivencia, de reliquia, de añoranza y de historiografía, dosis de pasado muy cuantiosas, quizá superiores a la media universal.

2) Se mantienen en México, más que en otras naciones, modalidades historiográficas que la élite sabia considera muy pobre cuando es historia de polilla, e insalubre, en tratándose de la historia de bronce.

3) En los niveles populares sigue llamando la atención la historia que se empeñan en escribir muchas personas inexpertas como investigadoras, que no necesariamente malas como narradoras.

4) Entre las subespecies narrativas o anticuarias, ha reverdecido y se ha profesionalizado la microhistoria que gusta rememorar la vida de comunidades pequeñas, de agrupaciones pueblerinas.

5) Contra viento y marea, el gobierno, por una parte, y los partidos de oposición por otra, insisten en difundir historias escritas de índole pragmática, comprometidas con la lucha partidaria, no con la verdad; atizadoras de odios internacionales e interétnicos.

6) Ha sido particularmente notoria la tenaz adherencia de los gobiernos emanados de la Revolución a una idea del pasado que admite los adjetivos de reverencial, descoyuntada y embustera.

7) Con todo, es innegable, desde los años cuarenta, el creciente cultivo de la historia científica, la profesionalización

del quehacer histórico, el relato documentado y lleno de explicaciones, la monografía de perfil académico.

8) La presión de los historiadores rigurosos de los últimos 40 años ha conseguido recientemente del gobierno de la República una notable mejoría de museos, archivos, bibliotecas y demás depósitos de reliquias y testigos del pasado, lo que no quiere decir que no falte aún mucho por hacer en este campo.

9) La historia de corte universitario se siente inclinada a sucesos del común que duran siglos, a los hábitos de larga duración de la gente rasa.

10) Muchos de nuestros historiadores profesionales escogen sus asuntos con la mirada puesta en la moda internacional, especialmente conforme a los gustos de Francia.

11) Una buena parte de los modernos historiadores de gabinete se han enamorado de las técnicas cuantitativas. La historia económica tira a ser econométrica. Algo semejante sucede con la historia demográfica.

12) Las corrientes de pensamiento histórico de mayor pege en esta hora de México muy pocas veces se salen de la temática mexicana, pero siguen muy prendidas a las faltas de los filósofos de la historia extranjeros.

13) La producción de libros y artículos de historia, calificada de científica y que lleva los apellidos de económica, social, étnica, de la civilización, de las mentalidades, de las ideas, de la literatura y de la plástica crece a gran prisa, pero los índices de productividad de las instituciones que congregan a centenares de clionautas suelen ser bajos.

14) Los miembros de los albergues de la ciencia histórica han conseguido, por medio de sus publicaciones y sobre todo a través de mesas redondas y congresos, compartir sus saberes con los científicos sociales de aquí y de fuera, pero se han alejado cada vez más del público lego.

15) La historieta o historia narrativa desde los inicios del cine mexicano sonoro viene haciendo uso del lenguaje audiovisual, pero la historia de oriundez universitaria se resiste generalmente al uso de los medios masivos de comunicación.